

EL MOTÍN

Año XLIII;

Madrid, Sábado 26 de Mayo de 1926

Número 21.



EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIO DE SUSCRIPCIONES

MADRID		ULTRAMAR Y EXTRANJERO
Trimestre..	1,50 Ptas.	Año..... 10,00 Ptas.
Semestre..	3,00 »	
Año.....	5,00 »	
PROVINCIAS		CORRESPONSALES
Trimestre..	1,50 Ptas.	25 números. 1,50 Ptas.
Semestre..	3,00 »	
Año.....	6,00 »	

El pago de las suscrip-
ciones se adelantado.

Número suelto, 10 cts.

Los suscriptores directos tendrán derecho á
recibir cuanto se publique en esta casa, con
el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

Don Rafael Salillas

Ha muerto este hombre excepcional á quien tanto quise y tanto admiré. Ayer, miércoles, fué enterrado.

Y le llamo excepcional, porque las cualidades que en él sobresalían eran de las que van escaseando cada vez más: la bondad, la rectitud, la honradez.

El amor á los débiles, los humildes y los desvalidos le dominaba de tal modo, que en cualquier parte donde hubiese que hacer algo en favor suyo, allí estaba siempre Salillas.

Me ha causado gran pesar su muerte. Por esto dejo para otro día el hablar de lo que Salillas valía, sabía y realizó.

Hoy me limito á dar el pésame á su familia.

Y á cuantos aman la verdad.
Y á los que sienten hambre de pan y de justicia, por haber perdido á uno de sus más valiosos, inteligentes y desinteresados defensores.

JOSÉ NAKENS

De jueves á jueves

Si es verdad que por las vísperas se conocen los santos, las Cortes que estrenamos ayer van á ser las más eloquentes, retóricas y fecundas en discursos que haya habido nunca.

¡Una semana llevamos de no descansar, y digo llevamos, porque no es sólo el trabajo para quienes peroran, sino también para quienes hemos de oír ó leer sus discursos inacabables, aunque la importancia se la den ellos solamente.¡

«Que el que le oyó no se arropa, y está más cansado que él.»

Como dice el epigrama, de Góngora, si no recuerdo mal.

Y lo bueno es que, con tanto farrago, apenas se saca substancia para un comentario á la ligera. Da uno vueltas y más vueltas á los discursos, y cuando ya tiene la cabeza llena de tropos como la del señor Alcalá Zamora, cae adurrido sin haber sacado en limpio nada.

Habría persona juiciosa que preguntase: «¿Y para qué se toman ustedes esa molestia?»

Y es muy verdad. ¡Para el caso que van á hacerle á uno!... Este oficio, ó este vicio de cazar claudicaciones y cuquerías entre malezas retóricas, se parece á la chifladura del que soplabá á los perros (por salva sea la parte, niños de la doctrina), y luego preguntaba orgulloso si creía la gente que era tan fácil hincharlos.

«¿Creen vuestras mercedes que es tan fácil deshinchar un discurso?» —podríamos preguntar nosotros.

La mejor pieza oratoria de la semana, creo que ha sido la de esa buena pieza de Bergamín en el Ateneo. En pocas palabras ha dicho lo que el partido conservador le encargó que dijera.

Todo partido político debe entrar ahora en la moda de las responsabilidades, como hace tiempo entró en la de la regeneración nacional. De sobra saben los conservadores que resistir á la exigencia de la moda política sería expuesto; y saben también que no tiene riesgo entrar en ella, ya que probablemente no habrá que castigar nada como no hubo que regenerar nada. Sin embargo, por si acaso, Bergamín ofreció en su discurso la cabeza del marqués de Lema y la del vizconde de Eza. Por sacrificio que no quede. «Aunque algunos ministros conservadores, vino á decir, hayan incurrido en la máxima culpa, no por ello debe aplicarse el estigma á la responsabilidad colectiva del partido.»

Dos cabezas á las que en verdad nada puede pedírseles porque, como

diría Figaro, nada t'enen. Y aunque pudiera parecer cruel que don Francisco las haya ofrecido con tan poca ceremonia, no hay que olvidar que al buen malagueño no le cabrá en la suya que hombres, ministros varias veces, no estén pertrechados de todo lo preciso para hacer que resplandezca su virtud. Como hizo él cuando empapó en una sentencia del Supremo todas las aguas de Torremolinos con que quisieron un día anegarle.

Se acuerda el señor Salvatella de cómo cayó él de rodillas y besó con labios trémulos la santidad de la cosa juzgada? Aquella tarde, y eso que había de republicano aún, ya se le vió que iba para ministro.

El lunes se celebró en la Presidencia la reunión de mayorías. Se creyeron precisos para convencer á los parlamentarios ministeriales de que deben decir si ó no cuando Alhucemas se lo mande nada menos que tres discursos, y hablaron además del mismo Alhucemas, Romanones y don Melquiades.

¡Y que no se despachó don Melquiades echando piperos á la Monarquía! Lo menos diez veces dijo que la Monarquía era la representación indiscutible de los españoles. Con entusiasmo verdadero proclamó que habían desaparecido los obstáculos tradicionales, como si jamás le hubiesen echado á un ministro de un puntapié por tocar el famoso artículo 11. Y todo fueron aplausos para celebrar la consumación de ese matrimonio entre una Monarquía que no se para en obstáculos y un reformista que no se para en barras.

Los otros dos discursos, y el Mensaje de la Corona leído ayer en la apertura de Cortes, no son ni gratos ni siquiera. Los tópicos de siempre, con su reforma del Concordato y todo. Sólo en la parte relativa á la cuestión batallona, las responsabilidades, se encuentra algo de que refr. «No hay que confundir hechos concretos con responsabilidades difusas», gritaba Alhucemas; «sin precipitaciones, dice el Mensaje, estima el Gobierno indispensable la liquidación en justicia de esa gran preocupación nacional».

Pero, ¿de verdad todas aquellas arrogancias de la propaganda concentrada querían decir solamente que debía ir á la cárcel quien hubiese cometido delito, si acaso lo hubiese cometido alguien? Porque para ese viaje no se necesitaban alforjas. Leyendo los

discursos de entonces, parecía que los hombres de la concentración tenían entre las manos a los culpables y sólo aguardaban el Poder para lanzarse sobre ellos. Su actitud de ahora me recuerda el cuentecillo de aquel tonto que convenció al pueblo de que él sabía quién había robado la corona a la Virgen del lugar, pero puso como condición para revelarlo, que le evasen a la iglesia revestido y con toda pompa y solemnidad; y cuando lo llevaron, que no parecía sino que iba a inaugurar unas Cortes, y le preguntaron saliéndose por canto gregoriano y con acompañamiento de órgano: «¿Quién ha robado la corona a la Virgen?», respondió él con la misma entonación: «¡Los ladrones!»

En fin, veremos lo que sale de estas Cortes que deben morir pronto y trágicamente, según los augurios.

Me parece que, ó mucho ha de cambiar la cosa, ó los augures han confundido el género; porque hasta ahora no se va descubriendo más que la farsa.

SENDOS VEINTINUEVES

Para el altar y el trono

«Valencia, con las fiestas de la coronación de la Virgen de los Desamparados, ha dado—por coincidir con las elecciones, la compración sale de la pluma—, al Trono el uno y el otro al Altar. A eso equivalen las fiestas: a berrón y cuenta nueva, a baño en el Jordán y a chapuzón en el Leteo; a olvido, a perdón ó a encontrar bien lo que parece malo, plausible lo que motiva silbas y censuras, óptimo lo pésimo.

Coronar una Virgen que lleva la advocación que ostenta esa imagen, es teológica, ética y estéticamente una profanación y una blasfemia.

Los fieles que para creer y sentir piedad necesitan de esos requilicos, mantos bordados, áureas, enojados, sortijas, pendientes, collares, coronas con atavíos residuos de la idolatría, se creen católicos y valencianos, y son más bárbaros que los rifeños mahometanos, pues el Islam supone un progreso respecto a la idolatría. En la caterva mesocrática y pseudo-aristocrática que dió sus papanatas y sus coronas, nada nos asombra. Lo chocante es que doctores fomenten la antiteológica proporción, Buscan—ya lo escribí otra vez—simular poder y aparentar fuerza. Y lo logran, y con estas simulaciones consiguen negar a cristianos menos teatrales y pomposos, más sumisos al Evangelio, lo que de derecho les corresponde: la igualdad con los católicos en las manifestaciones de su culto.

El doctor Reig, en su breve plegaria al coronar al ídolo, dijo algo eminentemente político, algo equivalente a una consagración como la de España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles: Virgen de los Desamparados, no desamparéis a España... Más dijo. Ensalzó la fe católica que poseyó, cual ningún otro rey, aquel Carlos II, último de las Austrias. Con fe católica tiene España Gibraltar en poder de la herética Inglaterra; Nápoles, Sicilia,

Parma, Etruria con la soberanía de los Saboyas excomulgados; Orán y Argel en poder de Francia, la del Estado laico; y con fe católica y a pesar del amparo de las vírgenes de acá y la del Cobre, de la Habana (no sé las advocaciones de las que adoran en Manila y San Juan de Puerto Rico), hemos perdido cuanto teníamos en Asia, Oceanía y América. ¡Fíate de las vírgenes!

Dicen los correspondientes que el momento de la coronación fué conmovedor. Es la misma frase que usaron cuando el rescate por un republicano-librepensador y un mahometano de los cautivos que no ampararon imágenes ni rescataron frailes, arzobispos y cortesanos. La frase es la misma escrita cuando Brenguer y su séquito fueron de Melilla a Monte Arruit. ¿Qué era más conmovedor, el trazo de Valencia desde el puente del Real al Tritón de la Glorieta, ó las cercanías de Monte Arruit con millares de cuerpos muertos y mutilados, de jóvenes asesinados y profanados? No habiéndolo visto ó no recordándolo, se pueden conmovier los papanatas y la chusma que hace de comparecería en la mojiganga monárquico-religiosa. ¿Y cómo fué aquélllo posible? ¿Por qué el desamparo? ¿Falta de corona? Hay que suponerlo, porque la fe católica en el verano de 1921 era igual que en Mayo de 1923 »

Copio esos párrafos de un hermoso artículo de Castrovido publicado en *El Pueblo* de Valencia, para que se vea que aún hay quien protesta de esas coronaciones de Vírgenes que han vuelto a ponerse en moda con fines industriales, pero que el clericalismo quiere hacer creer que son inspiradas por la fe, para seguir explotando y dominando a España.

CARTA INTIMA

Mi amigo Pedro Niembro me envía, por si quiero publicarla, la última carta que recibió de doña Rosario de Acuña, y yo lo complazco con mucho gusto, por creer que las cartas escritas en confianza sobre pequeños detalles de la vida, retratan mejor a quienes las escriben que aquellas en que entra el propósito de que sean leídas por el público.

Sr. D. Pedro Niembro

Mi distinguido amigo: Recibí al día siguiente de su marcha de Gijón, con su atenta tarjeta, el obsequio de pasteles y dulces que tuvo la bondad de mandarme, con una delicadeza afectuosa y caballeresca de la que ya quedan pocos ejemplos en esta sociedad perturbada y corrompida por toda clase de egoísmos y de vanidades.

Doy a usted las más expresivas gracias por el saludo y el presente, y conste que, en cuanto al presente, son gracias muy conmovedoras, pues soy algo golosa, y dadas las circunstancias, lo mismo particulares que generales que nos rodean, ¡cuálquiera como dulces ahora, a 15 reales el kilo, de azúcar! De golosa privada de golosinas son mis gracias por sus dulces; y de muy conforme en ideales y aspiraciones respecto al progreso y DESRELIGIONARISMO de España con los ideales de usted (que creo son los mismos

que los del sabio Pi y Margal!) mi afectuosa gratitud por su expresivo saludo.

Queda su amiga y servidora en lo poco que yo puedo ya servir, su atenta afectuosa,

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA

Gijón 30 de Septiembre de 1920.

Cine clerical

UNA BUENA MADRE

—Pero esa mujer, ¿quiere a su hija? —Claro que la quiere, como todas las madres.

—Como todas, no; porque hay por ahí cada descastada y cada pécora que unas explotan a las hijas, y otras se las quieren quitar de en medio porque las estorban para sus llos y trapacerías.

—Pues la señá Casilda no es ninguna de estas. Ha visto que su hija llevaba mal camino y ha querido evitar la desgracia, y por eso la ha metido en las Redentoras.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué ha hecho esa chica?

—Pues que andaba muy pegajosa con el carpintero del 13, un trucha que no es la primera liebre que ha desollado. Como tiene *guita* y mucha labia se lleva a las muchachas de calle, y luego si te he visto no me acuerdo. La señá Casilda sabe muy bien la historia de la hija de la lechera, que tuvo que ir a *veranear* en Diciembre por culpa de ese perro caliente.

—No creo que el que una hija tenga novio ó lo quiera tener sea motivo para encerrarla en un convento. Al fin, algún día se ha de casar.

—Sí, casarse, sí; pero lo otro, no.

—Mire usted, hablemos claro; la señá Casilda es una santurrón de tomo y lomo, y anda siempre muy metida con el padre Sobón, el capellán de las Redentoras, que es un tío muy alegre de cascos y al que le tira mucho la carne fresca. ¡Las cosas que yo he oído contar de aquella casa! La hija de la señá Casilda es un buen bocado, y aquel lagartón la quiere tener cerca y ha encalabrinado a la madre con peligros imaginarios para que se la ponga al morro. Y ella, que todavía presume de buena moza y quiere libertad, pues le viene muy bien desearse de la chica, que ya tiene dieciocho años y se fija en las cosas más de lo que a la madre le conviene.

—¡Jesús! Tiene usted una lengua como una vibora...

—Digo las cosas como son. Una madre como es debido no se desprende de una hija así como así. La educa bien, la vigila, la aconseja, la pone en guardia contra los peligros y la tiene a su lado. Es muy cómodo eso de zampar a una hija en un convento apenas habla con un muchacho, con la excusa de que se puede perder.

—Cuando en el convento la han admitido sus razones habría.

—En el convento ese, como en

otros, la han admitido, porque han visto a una chica lista, trabajadora, y sobre todo, bonita.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo ya me entiendo. Por allí mosquean mucho señorones ricos protectores de la casa, y á veces por huir de un peligro se cae en otro mayor...

—¡Virgen de las Angustias, y qué cosas se han de oír!

—No; pues no haga usted tantos aspavientos, que ya sabe usted lo que sucedió el año pasado con aquella joven de Granada, que se la llevó el hijo de la marquesa de Tapujos, que era protectora de la casa. Por lo visto para muchos esas casas son una provisión de carne fresca y apetitosa.

—No la puedo escuchar á usted más tiempo. No puede negar que es liberala.

—Y que tengo pupila.

FRAY GERUNDIO

El clavo del jesuita

En una época, no muy remota, un opulento magnate, entusiasta admirador de las doctrinas de Voltaire, Diderot y demás enciclopedistas, yacía en el lecho del dolor, desahuciado de todas las eminencias médicas de París, donde residía en un vasto y preciosísimo palacio.

Los galenos, confesada su impotencia, previnieron á la familia la conveniencia de disponerle para una muerte cristiana y el arreglo y distribución de sus cuantiosos bienes.

El clero secular, las congregaciones y órdenes religiosas se abalanzaron sobre el millonario, pretextando los intereses del cielo, para alzarse con los de la tierra á título de limosnas para sus respectivas comunidades. El paciente, en medio de sus dolores, con exquisita galantería hizo perder á todos la esperanza de arrancarle un sólo céntimo. Y poco á poco la avalancha de coquillas y sotanas fué despejando el campo entre imprecações, anatemas y murmuraciones poco edificantes ni evangélicas.

En los conventos y círculos clericales no se hablaba de otra cosa que del escándalo del moribundo magnate, que no dejaba para misas ni para limosnas á las comunidades cantidad alguna.

Entre los suplicantes no faltaron, como era de rigor, los jesuitas de formas más insinuantes, de más inteligencia y capacidad, alcanzando, como sus similares, una política negativa. Si los demás cejaron, desatándose en improperios y maldiciones, los jesuitas lo hicieron cuestión de amor propio; que en todas ocasiones el dinero ha sido cuestión de honra para la Compañía.

Se debatía constantemente sobre el mismo tema, tocaban las imposibilidades, se apreciaban los detalles más insignificantes, se recogían los más minuciosos antecedentes respecto del enfermo y su familia, y ya desmayaban en su empresa, cuando uno de los reverendos padres, fijándose en otro de sus compañeros recién ordenado, de mirada lánguida y ojos dulces, frente despejada y boca siempre sonriente, le dijo:

—Reverendo padre; debéis principiar la vida activa y dar una muestra de vuestras

disposiciones y celo en pro de la Compañía, si en ella habéis de permanecer y conquistar respeto, consideración y afecto.

El interpelado bajó los ojos, medio velándolos, y contestó con melosa voz:

—Reverendos padres: con la ayuda y protección divinas espero alcanzar algo de ese desgraciado moribundo, al menos para demostrar á nuestros adversarios, los frailes, el mayor influjo, poder y ciencia de nuestra Compañía.

Los concurrentes aplaudieron la contestación, y le encomendaron tan espinoso cometido. Levantóse el joven jesuita, sus ojos se abrieron desmesuradamente, la dulzura desapareció de ellos, y su mirada convirtiéndose en un vívido destello de inteligencia y ardimiento.

Al poco rato, el jesuita en cuestión se encontró junto al lecho del enfermo con la sonrisa en los labios y dando á sus ojos una expresión de dulzura y tranquilidad. El paciente le dijo al verle:

—No os canséis, padre; soy deista y poco amigo de frailes.

—Hermano mío, contestó el jesuita con melifluo tono; no vengo como sacerdote á exigirnos una limosna que no aceptaríamos. Sé que sois deista; más qué me importan vuestras ideas si creéis en Dios y le adoráis como tenéis por conveniente? El Supremo Señor os acogerá en su santo seno, porque sois su hijo, y un padre no los abandona jamás ni los cría para la desgracia.

—Padre; nunca oí hablar así á ningún sacerdote.

—Porque la verdad en toda su desnudez no se puede decir á todos, ó porque (y esto es lo más lamentable) el deseo de adquirir limosnas ciega á casi la generalidad de los ministros de la religión. Yo que no aspiro á los bienes mundanales, ni á la gloria ni á las frágiles consideraciones de los hombres, os digo la verdad. Vos ocuparéis un lugar más ó menos brillante en la celeste Sion. Mi misión hoy no es venir á turbar vuestra mente, ni traer el vil gusano de la duda á vuestro corazón, sino anunciaros que podéis morir tranquilo y esperanzado, si mis conocimientos en la medicina no consiguen arrancaros de las garras de la muerte, y rogar á Dios, cuyo poder nos es completamente desconocido, os conceda la salud del cuerpo si os conviene, y si morís, que aumente vuestra felicidad eterna.

Esta conversación desarrolló crecientemente simpatía y estrecha amistad entre el jesuita y el enfermo. Este intentó en el testamento dejarle un recuerdo: el jesuita resistió tenazmente. Por último, con los ojos arrasados por traidoras lágrimas y con voz ahogada por entrecortados suspiros, dijo al enfermo:

—Padre que veáis que no renuncio á un recuerdo de vuestro cariño, consignad en el testamento que me dejéis un clavo en esta habitación para colgar el sombrero siempre que se me ocurra venir á rogar por vos.

Admirado el enfermo de tanto desprendimiento y cariño por parte de su amigo, consignó en el testamento la cláusula deseada por el jesuita.

Cuando el padre llegó á la casa-residencia con la mirada atrevida y la satisfacción de la victoria en su semblante, todos los padres le preguntaron impacientes: ¿Cuánto hemos conseguido?

—¡UN CLAVO!—contestó el interpelado.

El desencanto no pudo ser mayor. ¡Un

clavo...! Ni de oro que fuera, ¿qué podía valer?

Murió el enfermo; pasado el tiempo del luto, la animación, las *soirées* y los placeres de la vida volvieron á renacer y reinar en el palacio. El jesuita entonces, á horas intempestivas, cuando el bullicio y la algazara eran mayores, llamaba á la puerta y subía á la cámara mortuoria á colgar el sombrero mientras pretendía rezar por su difunto amigo el deista.

El de Loyola llegó, tras tantos incómodidades, á ser una verdadera pesadilla para los dueños del palacio, convirtiéndose sus fiestas en banquetes tenorios, en que, en lugar de la simpática figura del Comendador, aparecía siempre el negro espectro del jesuita. Los dueños le exigieron la renuncia de sus derechos: el jesuita oponía dificultades, y exponía como razones sus sentimientos de amistad hacia el difunto; pero por fin, á fuerza de instancias se dejó vencer, y pidió por renunciar á sus derechos la modesta suma de un millón de francos.

El dueño rechazó tan exagerada pretensión y llamó á un arquitecto con el objeto de abrir en el palacio una nueva escalera independiente, para que el jesuita pudiera subir á colgar el sombrero sin molestar ni turbar su regocijo y el de sus amigos en las periódicas fiestas.

El arquitecto, después de examinado el proyecto, manifestó el dueño que, además del excesivo coste de la obra, el palacio quedaría deformado; siendo más conveniente optar por la entrega al jesuita de la cantidad pedida. Cedió el noble ante las razones de la ciencia, y avisó al jesuita amigo de su padre para que otorgase la escritura de renuncia y le daría la cantidad pedida.

El páter rogó á su superior que fuera con él á recibir el importe del clavo de la herencia, lo que hizo con marcado disgusto. Pero ¡cuál no sería su asombro al recibir valores por un millón de francos! Sin embargo, ninguno de ellos dejó traslucir en su semblante la viva emoción que experimentaban, y salieron del palacio con la misma frialdad que habían entrado. El superior dió cuenta á los demás padres del precio del clavo, y exclamó haciendo la apología del que lo obtuvo: «Este joven es un sabio intrigante, y digno por lo tanto de la Compañía de Jesús».

Así, con inimitable gracejo, contó cierto día la anterior anécdota el reverendo padre M. C. de la Compañía, escolapio, y querido catedrático más de latinidad. Por ella se patentiza una vez más la conciencia, sabiduría y sobre todo el *desinterés* de la Compañía, no menos que la amistad y buena armonía que reina entre ella y las demás congregaciones, émulas de las virtudes jesuíticas que todo lo aplican *ad maiorem Dei gloriam*.

Tal vez del caso anterior se derive el proverbio de «se garrá aunque sea á un clavo arriendos».

Pero lo que sí podemos asegurar, es que España tiene un agudo clavo trío y agudo en forma de jesuita, que le atraviesa el corazón.

JESÚS PASANO

Retirábase á su casa un predicador y se quejaba á una beata diciendo que el auditorio le había parecido compuesto de asnos.

—Ciertamente, respondió ella; lo mismo me pareció á mí cuando oí á

usted tratarlos tan cariñosamente llamándolos «amados hermanos míos».

Un antiguo suscriptor a EL MOTIN, desea que se haga público lo que si gue, para que se vea la impunidad con que atropellan las empresas privilegiadas los derechos del ciudadano, por no haber Gobiernos que se atrevan con ellas, y á la vez lo complacientes que están con las gentes de Iglesia:

Sr. Director de los Ferrocarriles del Norte de España

Madrid

Leopoldo Arias Prada, mayor de edad, viudo, propietario y vecino de Sobradelo, Ayuntamiento de Carballeda de Valdeorras, en la provincia de Orense: Que en el kilómetro 200 y hectómetro 1, poco más ó menos, en la línea de Palencia á La Coruña hay un muro de contención ó sostén; bastante arriba de éste está enclavada la iglesia y cementerio de este pueblo, y así mismo un cementerio particular, del cual soy condeño con mis hermanos y otros parientes, y otras fincas más, también particulares.

El señor cura de este pueblo hizo una reclamación ó solicitud á esa Compañía, basado en que el referido muro no estaba en condiciones; y debido á esto y á la trepidación de los trenes, la iglesia amenaza derrumbarse. Han venido varias veces empleados de la Compañía que usted tan acertadamente dirige (según tengo entendido, señores ingenieros) para ver el ya repetido muro y la iglesia.

Dichos señores debieron comprobar que lo alegado por el señor cura era verdad, por cuanto al parecer, tomaron una determinación para favorecer á la iglesia, pero sin tener en cuenta para nada los cementerios y demás fincas. Dicha determinación consiste, según dicen, en que la Compañía entregará al señor cura y otras personas 25.000 pesetas para hacer una iglesia de nueva construcción y en otro punto y derribar la existente. Como usted comprenderá, con esto no se evita que los cementerios y demás fincas se puedan derrumbar porque el muro no esté en buenas condiciones; y nada adelantamos con que se haga otra iglesia si se han de caer los cementerios por no ofrecer el muro la debida solidez.

No debe creerse que pueda derrumbarse la iglesia y no los cementerios, puesto que éstos han de caer más pronto que aquélla por estar más sobre el precipicio, ó sea, más cerca del muro de sostén. Hubo alguno de los señores que asistieron á la reunión que ayer tuvieron, que hizo resaltar este extremo y le contestaron que cuando se cayeran, á los dueños nos quedaba la acción de reclamar á la Compañía. Yo no puedo estar conforme con esta teoría ni, seguramente, usted lo estaría tampoco si tuviese deudos en estos cementerios; pues nada adelantaría yo con poder reclamar después de que los restos de mis familiares anduvieran arrastrados por cualquier sitio ó en la boca de cualquier animal; amén de que podía desarrollarse hasta una epidemia. Hay cosas que no pueden dejarse derrumbar para después rehacerlas, y una de ellas son los cementerios, los cuales deben considerarse como lo más sagrado.

Por lo expuesto, y toda vez que les re-

tores ingenieros á sus órdenes creen, seguramente con fundamento, que el ya menzado muro no ofrece las debidas seguridades para el sostenimiento de los cementerios, iglesia y demás fincas, yo, por lo que á mí toca, sin perjuicio de hacer otra colectiva, solicito sea reforzado en forma para evitar el triste y macabro espectáculo de tropezar con restos humanos que nos pueden ser muy queridos y poderemos librar de una epidemia que, por desgracia, ya hay bastante.

He de agradecerle su contestación para saber á qué atenerme.

Favor que espere merecer de usted este que le desea largos años de vida, y espere sus gratas órdenes,

LEOPOLDO ARIAS

Sobradelo, 22 de Abril de 1923.

Al Excmo. Sr. Ministro de Fomento

Toda vez que hasta la fecha el señor Director de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte de España, no ha tenido á bien, ni siquiera, de acusarme recibo, me atrevo á molestar la atención del Excelentísimo señor ministro de Fomento con esta copia para que, y agradeceéndole, tome cartas en el asunto por ser de su interés.

Es gracia que espere merecer de vuestre cencia cuya vida guarde Dios muchos años para bien de la Nación,

LEOPOLDO ARIAS

Sobradelo, 8 de Mayo de 1923.

El galán de esquina

—Vaya una meza bonita ¿quiere usted que la acompañe?

—No voy sola. —¿Cómo es eso?

—Llevo conmigo una llave para dar en los hociocos al primero que me falte.

El galán dá media vuelta y luego vuelve á plantarse para elegir otra víctima en la esquina de la calle.

—¡Señorita! Si la estorbo me retiraré al instante.

—Pues haga usted, caballero, el favor de retirarse.

—Yo quisiera obedecerla pero esos ojos me atraen como si yo fuese acero y fueran ellos imanes.

Quisiera ser su modista para medir ese talle, y tengo envidia al dichoso zapatero que la calce.

—Mire usted que llamo á un guardia.

—Niña, ¡ipiedad! —Dios le ampare.

—Quírame usted. —¡Que le llamo!

—¡Señor! No obligo á nadie.

Pasa después una joven guapa y de alegre semblante; y el tenorio la acomete con su gesto más amable.

—Si usted quisiera, hablaríamos, pero temo que se enfade...

—Tengo buen humor. —¿De veras?

—Y me gusta que me hablen.

—Señora... —¿Qué? —Que... señora permita usted que me marche.

Como tengo la costumbre de que todas me rechacen, cuando me dicen que sí, no se me ocurre una frase.

JOSE FERNANDEZ BREMON

EL BUZON DEL CURA

Con este título publica *La Política Cómica*, popular semanario ilustrado de la Habana, dirigido por don Ricardo La Torriente, una Sección Humorística con la firma Pad e Virullilla. De ella copio lo siguiente:

«Nuestro monigote-corresponsal en Michigán (E. U.) nos comunica que en la iglesia católica de San Agustín, de Talamazoo, el teniente cura Dillón, de la Orden de los Cartujos, poniendo en práctica la mansedumbre que se aprende en los conventos, mató de un tiro al padre O'Neill, que era el párroco, al observar que éste le iba á tirar un salero.

—¡A mí no hay un salero que me saque! —dijo en inglés Dillón, y sacando un hisopo marca «Colt», de seis tiros, le tiró cuatro á su superior jerárquico.

El cura homicida fué á la cárcel, pues en los Estados Unidos los sacerdotes no gozan de inmunidad, como en Cuba.

Allí reflexionará sin apuros y sin prisas, y el juez lo condenará... ¡Ya se lo dirán de misas!»

«Los escritores calambucos que viven en los Estados Unidos, propalan la noticia de que está arreciado la campaña protestante contra el catolicismo.

¿No será al contrario? Porque la iglesia romana nunca se ha resignado al papel de víctima; siempre ha atacado en nombre de Dios; y luego se ha dado golpes de pecho.

Que no es exageración lo que estamos expresando, se demuestra recordando á la Santa Inquisición.»

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Antorcha Galaica del Libre Pensamiento, 25 pesetas; Domingo González, Garafía, 5; Enrique Arias, Gijón, 4.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Caracuel.—Antonio Gonzalo, abonada la suscripción á fin Agosto 1924.

Gijón.—Enrique Arias, id. á fin Mayo 1924.

Algemesi.—Casino Republicano. id. de Febrero 1924.

Torrellas.—Gregorio León, recibido su giro de 4 pesetas; cor forme.

Segovia.—Germán Elías, id. de 18; conforme.

Barco de Valdeorras.—Eduardo Martínez, id. de 750; cor forme.

Vall de Uéb.—Centro Republicano, id. de 18; conforme.

Málaga.—José Ponce de León, id. de 18; cor forme.

Utiel.—Federico García, id. de 18; conforme.

Luchamayor.—Bernardo Salvá, id. de 21,70; conforme.

Imp Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid